

Méjico 3 de Marzo de 1859.

Muger querida: Si vieras como me brinca el corzon de alegría, creo que tú tambien te pondrias á bailar de verme tan contento. No hay duda, este es el país de las maravillas, esta es la corte de los milagros, aquí todo sorprende, todo arrebatá, todo estasia. Engolosinado me tienes con mis descubrimientos, y al paso que voy, tengo mis barruntos de que tenemos obra cortada para muchos dias. ¡Qué te parece, mi Bibiana, que me ha llenado hoy de estupefaccion? Vas á maravillarte y á bendecir á Dios setenta veces al dia, y acaso sea poco. Vengo de oir charlar de un modo prodigioso, infatigable, unos preciosisimos papagayos de nueva especie, importados, como todo lo bueno, nada ménos que del otro lado del charco; porque desde que se vió que allá todos debian ser papagayos aquí no han querido ser ménos.

Lo mas sorprendente es que á su especie particular de papagayos, reunen algunos atributos muy marcados de otros animalitos v. g., el instinto de imitacion de los monos, la ligereza de cascos del chorlito, la costumbre de vestirse de ajenas plumas como el grajo; el odio contra el que tiene un palo en la mano, como el gozque, y la facilidad de cambiar de colores como el papavientos. Pero no: lo que mas resalta en ellos es la charla, tan interminable que no hay poder humano que los contenga.

Los papagayos de mejor calidad, esto es, los que hablan con mas facilidad cuanto oyen, son los mas estimados y los que mas llaman la atencion de nosotros los bobos, que nos admiramos de que unos animalitos como esos esten dotados, lo mismo que, el hombre de la facultad de hablar y de hacerlo tan bien, euando nosotros, pobres batuecos, llegamos á tener las barbas como madejas de pita y la cabeza como rodilla, sin podernos espresar contanta claridad y soltura.

¡Oh! pero aquí es diferente. El animalito casi desde que está comiendo por mano ajena ya sabe que debe pertenecer á cierta comunión y se introduce en ella hasta el pico. No sabrá cantar el *Santo Dios* cosa, que por principio de cuentas enseñamos á nuestras pericos por allá; pero en cambio entonarán con todos sus pulmones la marsellesa si el color rojo es el de su actual vestido, ó gritará á lo desesperado "*muera la federacha*" si está plantado de azul ó amarillo.

Porque hágote saber, que su tema único y esclusivo es la política; no como por allá la entendemos, esto es dándole el lugar preferente á los ancianos, cediendo el mejor puesto á nuestros superiores ó cosa por el estilo: eso solo entre nosotros se llama política. Aquí lleva ese nombre cierto *teje maneje* que sirve para arreglar el mundo y hacer felices á todos los hijos de Adán. Ya verás si la empresilla es ardua y las intenciones buenas; pero



¡bah! aquí los polluelitos se engolfan en las cuestiones esas, mejor que tú y que yo en la discusión de si debemos echar la clueca á sacar pollos.

Por lo comun estos animalitos tienen sus tertulias, juntas ó como quieras llamarles en los cafes de la corte, donde entre taza de café y copa de aguardiente deciden de la suerte de las naciones con una facilidad maravillosa. Allí se discute porqué Napoleon favoreció la libertad de los turcos contra las pretensiones de los rusos, y porque hoy ampara á los trastornadores de Italia cuando en otra ocasion los llamó al órden. Allí se habla de la posibilidad de reunir la Inglaterra á la Francia ó la Austria á la Turquía, y allí en fin, pasan revista, como unos reclutas, todos los soberanos de la Europa, teniéndose por muy bien librados si solo se les llama imbéciles y visionarios.

Pero en donde mas lucen su verbosidad es en los negocios de casa. Y debe ser así, porque si con tanto magisterio y plomo tratan los negocios de que apenas tienen noticia, que será de aquellos que traen por decirlo así entre las manos? Por eso en les negocioo domésticos se desviven por dar á los tontos los medios de ser tan felices que ni en el cielo podrian raparse mejor vida.

Aunque se ha dicho que usan promiscuamente de todos los colores como los *anolis*, lo mas ordinario es que gasten el rojo, por cuanto es mas brillante y el que mas les facilita el modo de lucir. Consecuentes con su color, cuando lo usan, oyéraslos entónces hablar de cierto trevejo que llaman soberanía tan absoluta, tan grande, tan inmensa, que ante ella nada puede existir sin su omnipotente voluntad. Declaman de una manera enérgica contra todo lo que se opondrá á esa soberanía, á los derechos que produce, á la igualdad que concede, á las ventajas que otorga; pero aun no pasa un momento de aquel sermón, y si por casualidad llega uno de los soberanos y le dá por descuido un empujon, entónces el soberan

va rodando por allá con todo y su igualdad, y sus garantías, y cuando tiene como ciudadano.

Si no es tiempo de usar el color escarlata, y es una media tinta la que luce, como v. g. el color violeta, entónces no quiere ni que haya soberano ni que haya esclavos; un justo medio es el que busca. Pero así como nosotros no podemos encontrar brevas en diciembre, así ellos andan tras del término moderador sin poder pillarlo ni aquí ni allá.

Si el temperamento que ha adoptado es el de las restricciones, entónces va á dar hasta . . . donde Dios quiere. Porque no se detiene en ninguna parte, y á guisa del judío errante, cuando camina en el sistema que trae entre manos anda sin descansar ni dormir.

Pero no, vuelvo á decirte; le gusta mas el color rojo que cualquier otro, y la mayor parte de los papagayos polluelos pertenecen á la escuela de los que no quieren frailes, ni monjas, ni iglesias, ni santos. Ignoran hasta si hay todo eso que quieren aniquilar; pero como han oido decir que todo eso debe desaparecer, ellos gritan que es fuerza que sea así, porque ya sabes que los tales animalitos repiten lo que oyen, aunque jamas puedan llegar á comprenderlo.

Acontece no pocas veces que el papagayo olvide la leccion, y entónces hacen una ensalada que contiene mas verbajos que la de la noche buena, porque como todo es aprendido de memoria suele sucederles lo que á su hábil antepasado que gritaba con toda su fuerza "Santo Dios ¿eres casado?" Por eso no es extraño que alguna vez pongan por modelo de principios republicanos al Czar de la Rusia, ó que hablen de monarquía constitucional como la de los Estados-Unidos, ó que crean que el rey Felipe II ha impuesto en Constantinopla una contribucion á las capellanias, y cosas de ese jaez! Así los oyes al hablar de un congreso europeo preguntar con mucho interés cuándo serán las elecciones



primarias, porque ellos saben que para que haya esa quisicosa es necesario que el *soberano* intervenga en el nombramiento de los que van llenos de cachos de soberania.

Me preguntará porqué esta raza de pajaros existe en la corte mejor que en parte alguna, y desearás saber si es tan abundante como la de los tordos en nuestras sementeras. A todo te voy á responder. Pulula mas en la corte que en otras partes, por que uno de los ramos mas interesantes de la civilizacion consiste en educar á los polluelos para los grandes empleos, para los altos destinos. Así es que se procura ante todo que la criatura reciba educacion en el colegio, donde ademas de leer el Nebrija ó el Bouvier, hay lugar de empezar á iniciarse en los secretos y artimañas de la política; ya dejando que lea libros que de ella tratan, ó ya hablándole muchas veces de tales asuntos, impropios de esa edad, y ponderando las ventajas de que todos se entromentan en los negocios públicos mediante la participacion que un dia tendrán en los cuidados y alegrías de la patria.

Y como allá muy léjos se divisan unas apetitosas sillas, blandas y mullidas mas que el innoble banco de una carpintería; como se entrevé la posibilidad de llegar mas tarde á ser prefecto, diputado, ministro ó cosa por el estilo, zas, se encaja sin vacilar á la política y cádate ahí un enjambre de parlanchines que esperan el dia en que se les declara hombres de pro y discípulos de Richelieu. Fuera de la capital serian vistos como locos: en ella son el mas cumplido adorno de la culta sociedad.

Ahora te diré que ademas de ser abundantísimos son mas perjudiciales que los tordos en un campo sembrado; porque cuando todo turbio corra, es decir, cuando mas daño hagan, estos se comerán parte de la cosecha y no quedará el dueño sin granos y sin campo; pero los malditos papagayos convencidos y aferrados en que deben

vivir á costa de la patria, sin volver á acordarse en los dias de su vida de que el hombre ha nacido para el trabajo, todo su afán, todas sus miras consisten en hacerse notables por su algarabía y sus declamaciones á fin de que cuando el santuario de las leyes, ó las secretarías de estado ó cualquiera prebenda de esas necesite de un mueble mas se les ocupe á ellos como de justicia. Escriben furibundos papelotes, gritan como unos desesperados, hablan mas que un barbero y si por un lado no consiguen sus miras, nada les importa ir en busca de aventuras, nuevos Quijotes, y vivir segun se habian propuesto, sin tomar una azada ó una garlopa.

No era mi intencion hablarte de estos entes; pero como casi me tropiezo con ellos, como si voy á la sociedad en busca de una taza de té, allí los hallo, si voy á un estanquillo allí los encuentro, si voy á tomar fresco á los árboles, allí se anidan, si me quiero divertir en el teatro, allí no faltan; he creído que debía anunciártelo para que te libraras de esa plaga. Hay sobre todo unos lugares tan frecuentados por los papagayos, que mas fácil seria encontrar á un diputado sin proyectos, que esos sitios sin políticos. Apenas empiezan los primeros rayos del sol, y ya están reunidos contándose las noticias soñadas ó ciertas de la noche, y combinando nuevos planes para enderezar entuertos, ó lo que es lo mismo, la política del país; y todavia son las diez de la noche, y esos animalitos, criados por la naturaleza para charlar eternamente, siguen inventando algo para cumplir su objeto. Ordinariamente preside estos concilios el mas autorizado de entre ellos, quiero decir, el mas audaz, y este es el que se encarga de dar el orden á la discusion, de propalar los absurdos, que por mas garrafales son mas propios para llamar la atencion, y de hacerlos circular luego entre los de la hoja, denunciándoles los peligros que nos rodean, y la manera de evitarlos, para lo cual escri-



be luego y hace imprimir unas cartas que aunque destinadas á una docena de amigos, se procura que lleguen á las manos de todos, y poder formar en la opinion.

Si por accidente algun batueco ó cosa parecida, quiere que le expliquen mas pormenor el contenido de la carta, se le despide bonitamente diciéndole, y como no está iniciado aún, no puede comprender altísimos misterios.

De muy buena gana quisieras saber de qué viven esos pájaros, puesto que su oficio es charlar y esto no satisface. Yo te lo diria de muy buena gana, si no fuera por que no lo sé. Adios, mi cara batueca, Quizá para otra tendré algo mas ameno que decirte.— *Caralampio.*

Méjico 6 de Marzo de 1859.

Bibianilla: Aun no vuelvo en mí del asombro que he tenido estos tres dias, yo crei que lo mas curioso que habia que ver en Méjico eran los políticos con su interminable chachara, y que despues de haber escuchado á esos rúbulas de primer órden, podria descansar de mis correrias y dormir sobre mis descubrimientos. Pero muy lejos está el término de mis tareas, y es fuerza que prosigamos yo contandote mis grandes adquisiciones y tú comunicando á nuestros compadres y vecinos todo lo que se dejan de pescar por no sacudir la pereza y venir á disfrutar las dulzuras de la corte.

Ayer sábado anduve en varias agencias para complacer á unos mis amigos que han tenido la humorada de



hacerme vestir de máscara esta tarde, y llevarme luego al teatro donde hay un baile de carnaval. No te parece, prenda mía, que yo, todoun Calampio, metido en esos *intringulis* debo tener una catadura mas que bonaza? Al cabo de mis muchos años vestido de arlequin, haciendo zapateta y enfrascándome ni mas ni ménos como un barbilucio, sufriendo vayas y pullas de todo el que se quiere divertirse á mis espensas! Increible es esto, pero es cierto; y no se todavia si en ese malhadado baile iré á purgar las muchas culpas que he cometido.

Pero miéntras voy, quiero contarte unas cuantas cosas que durante mis escursiones pude pillar; porque ántes que pensar en mí ya sabes que pienso en mi robusta lugareña. Conque miéntras es hora de ir con otra cara diversa de la que Dios me dió, allá va eso.

Creerás que en dias tan alborotados como estos, era natural que todo el mundo solo pensara en surtirse de los disfraces con que pensaba ir á esa fiesta de locos que llaman carnaval; y así debia de ser. Sin embargo, á poco de haber salido á la calle, tropezé, no una ni dos veces, sino lo ménos treinta, con ciertas notabilidades que no pudieron ménos que llamar mi atencion. Eran unos señores secos como espárragos, sérios como pinturas antiguas, tiesos como enaguas de elegantona y pálidos como declarados tísicos. Su paso grave, su mirar severo, su indiferencia por todo lo que les rodeaba, me obligaron á inquirir quiénes podian ser que así veian pasar el bullicio, como las rocas de un rio ven pasar las espumosas ondas sin commoverse. Supe entónces que eran sabios que habian consumido sus dias y sus noches en registrar los arcanos de las ciencias, y llenarse la cabeza de tanta cosa buena que ya no encontraban nada que pudiera cautivar sus miradas.

Si estaban fiacos era porque embebidos en el estudio nunca se acordaban de las funciones animales y se pasaban dias enteros sin conocer las delicias de un almuer-

zo: si estaban sérios, era porque su pensamiento, ocupado constantemente en contemplar los misterios ocultos á nosotros los tontos é ignorantes, jamas podian pararse á sonreír á cosas tan miserables, como las que salian de su círculo: si iban tiesos, era porque su dignidad, su superioridad sobre los demas hombres, les hacian guardar un continente que infundiera respeto; y si por fin iban amarillentos y pálidos, debia atribuirse á sus pervijilios y elucubraciones.

Quitéme respetuosamente el sombrero ante aquellos depositarios de la sabiduría, y con mi sencilla humildad casi iba á proclamar de rodillas mi veneracion, cuando uno de ellos, que iba contemplando quizá el curso de los astros, se subió por sobre mí y me hizo rodar un buen trecho. No obstante mi malaventura y lo molido que su éxtasis me dejó, tuve valor de pedirle mil perdones, y suplicarle continuara en sus profundos estudios de que solo mi ciega adoracion le habia sacado. Miróme begnina-mente y me dijo, que el motivo de no haberme visto ántes y evitado aquel contratiempo, era porque se ocupaba en resolver un problema de mucho interés, y era saber cuanto seria mas grande si la luna de la corte que la de su tierra, supuesto que aquella tenia que alumbrar mas que esta. Dejélo hacer sus cálculos y seguí adelante admirando en silencio aquel colosal talento.

De allí á poco me encontré á otro sabio de primer órden, empeñado en demostrar á un pobre diablo, que los cánones no permitian la posesion de dos ó mas beneficios simultáneamente, fundados en una razon naturalísima, que la Iglesia habia observado con detenimiento. Esa razon consistia, én que no se podia mamar de dos tetas (esas fueron sus palabras). Y con ello quedamos todos tan convencidos, como lo puede quedar cualquiera que recibe encima el peso de una montaña.

Mas allá me encontré de manos á boca, ni mas ni mé-



nos que con un jurisperito que cansado de ser simple abogado habia tenido la feliz idea de subir un algo mas y llegar hasta doctor. Si vieras con cuánta dignidad ensayaba el paso y el continente para cuando la ocasion se presentara! Llegó á tanto su alucinacion que creyéndose ya en pleno claustro dijo á su señora que lo acompañaba: "*Illustrissima domina: Auditori amplissimi,*" mas volviendo sobre sus pasos y apoderándose otra vez de su juicio, exclamó abriendo los brazos á su cara mitad; ¡feliz día! ya soy doctor. Luego supe que habia mandado hacer la borla y el capelo y que con esos adornos, dormia, comia y vivia dentro de su casa.

Antes habia yo oido decir que un sabio era una cosa rara; pero desde que los he encontrado brotando de la tierra como los hongos en tiempo de aguas, creo que aquello era una sátira de los envidiosos y maldicientes que no pudiendo llegar á tanta altura querian hacernos creer que el *Stultorum immensus est numerus* le convenia á Méjico pintiparado. Nada de eso, hija mia: aquí hay sabios de todos calibres y condiciones. Necesitas quien te explique el porqué los borregos no tienen mas que media dentadura como viejos calaveras? Pues que en el momento que la dudilla te ocurra se te presentan veinte facultativos en la denticion borreguna y te escriben diez tomos cada uno despues de haber disertado medio año de día y de noche sobre el asunto. ¿Quiéres saber porqué los gallos no tienen ni media ni nada en materia de instrumentos de masticacion? Pues promueve el escrúpulo, y en un abrir y cerrar de ojos viene todo un claustro á tomar cartas en la importante discusion del asunto.

Es mucho esto de los sabios: donde quiera están, donde quiera te das un frentazo con ellos, donde quiera los encuentras analizando todo cuanto les viene á las manos y dando á todo explicaciones tan precisas y tan netas, que ni queriendo cerrar los ojos á la evidencia se escapa uno de recibir un torrente de luz. Ahora no va-

yas á pensar que se ciñen á una sola ciencia: las conocen todas á las mil maravillas y hablan de ellas como tú y yo hablamos del vecino. Hasta los hay que comprenden la lengua de los animales y entablan con ellos sabrosísimos coloquios.

Para ser sabio en esta preciosa tierra de Canaam se necesita bien poco; y los que tienen el derecho de raga-lar el diploma de tal dignidad, arhuisabios por supuesto, tienen una mirada tan segura que con unos cuantos minutos de observacion, tienen lo bastante para saber quiénes lo son, y quiénes han de quedar en la línea de paisanos míos, esto es, de batuecos. Por eso no es difícil que la familia sabidora sea tan fecunda como lo es la familia de los conejos, y que en todas partes y en todas ocasiones topes una docena de ellos.

Seguí mis escursiones, objeto de mis paseos; pero te confieso que ya tenia remordimientos de andar ocupando el tiempo en cosas tan fútiles despues de haber visto que habia hombres tan sesudos que con solo su ejemplo estaban condenando mi locura. Deseaba yo que en todos los depósitos de disfraces donde entraba no hubiera uno solo para mí, para librarme de ese modo de ir á la fiesta; pero no hubo remedio: estaba en la corte y nada faltó para mi atavio, por lo que fué preciso resignarme á marchar esta noche al teatro.

Habia pagado ya el alquiler de mi vestido que sea dicho de paso, valia tanto como dí, y ya me salia yo cuando noté en la penumbra de la pieza al mismísimo sabio que saludaba en latín á su cara consorte. Oh! dije para mi colete: este preclaro varon ha entrado aquí para confundir con su presencia á tanto loco que corre en pos de las diversiones, y desperdicia un tiempo tan precioso que no podia consagrar á la sabiduria. Ya me escurria yo avergonzado, cuando le oí pedir un traje para su individuo. ¡Cómo! los sabios se divierten y van á un



baile de Carnaval? pues entónces no debe ser esto tan malo. Adelante y viva la pepa!

“Qué disfraz desearia el señor licenciado?—Doctor, caballero, doctor.—Perdon, señor! qué traje desea su señoría?—Uno que represente todos mis atributos: periodista, juez letrado, político, literato....&c.—Pues señor, le convendria á vd. este hermoso vestido de arlequin?—Vd. se burla, señor mio! quiero un traje en que, al mismo tiempo que se deje entrever la toga, se reconozca sin trabajo la pluma del escritor, que aunque nunca la he tenido entre mis dedos, intenciones me han sobrado; me se note ademas la parte tan activa que me ha caído en la política, pues si bien es cosa que apenas he saboreado, eso es bastante para que sepan que si hubiera querido habria hecho cosas grandes; que se note tambien al juez letrado, pues si no tomé posesion de mi tribunal, no obstante mis condescendencias, no quedó por ganas mias. Combine vd., todo eso, y déme pronto el traje que le pido.—Pues señor.... el de Licurgo.—No, no esplica bien mi pensamiento.—Pues el de Aristóteles.—No era periodista.—Pues el de Quijote.—Feliz idea: ese me conviene, porque si no fué juez, literato, periodista, doctor y todo lo demas, de todo se le entendia y á todo alcanzaba; y sobre todo, así como él en la edad de hierro queria resucitar la de oro, así yo en estos siglos de ignorancia deseo resucitar el siglo de todo un Pericles, Leon X ó Luis XIV. Mi ejemplo servirá para infundir amor á la ciencia; y cuando estasiados y abriendo la boca contemplan mi juventud, mi interesante palidez y macilencia, consecuencia forzosa de mis estudios; cuando vean sobre mí las ínfulas de mi grado, oh! entónces qué alma de alcorcho se resistirá á engrosar esta falange de andantes caballeros de la sabiduría?

Salíme porque ya me sentia yo animado de ofrecérmeme por escudero á tan cumplido señor, y como al mis-

mo tiempo me acordé de tí, para sacudir la fascinacion que me estaba infundiendo con su elocuencia, quise huir.

En la noche le encontré en el baile llevando sobre la armadura el capelo, sobre el morrion la borla, y enrollados en la lanza varios números de periódicos, de que él, bajo su palabra decia, era redactor en jefe.

Todavía á mi vuelta para mi posada encontré otra multitud de figuras graves que llenaban la calle con su talante magestuoso, con su mirar imponente, con su voz hueca y sepulcral, y yo desde que ví que los sabios de día, podian muy bien volverse locos de noche, me fuí mas tranquilo á disponerme para el baile en el cual ví lo que en otra te referiré. Tuyo.—*Caralampio.*